

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Volumen II Las ideas como creencias

La mente del Renacimiento

Reforma y Contrarreforma

**La edad de la razón:
la matemática como salvación**

La Ilustración

Ediciones Orbis, S.A.

George Berkeley, «esse est percipi»

En el pensamiento de Berkeley se acostumbra distinguir dos etapas. La primera de ellas, la fase juvenil, resumiría su doctrina inmaterialista y su empirismo. Es la fase del Ensayo de una nueva teoría de la visión, del Tratado sobre los principios del conocimiento humano y de los Tres diálogos entre Hylas y Philonus. La otra comienza a partir de su viaje frustrado a Rhode Island, donde pensaba establecer una comunidad evangelizadora: durante su estancia en Newport (1729-1731) escribió su *Alcyphron, or the minute Philosopher*, tal vez la obra más rica de toda su producción, y, tras su regreso a Irlanda, donde ejerció como obispo de Cloyne, escribió *Siris*, obra extraña de inspiración neoplatónica en la que de un problema médico se eleva a la química, a la metafísica y, como siempre, a la religión.

Un filósofo militante

Berkeley es un filósofo militante que, desde sus primeros escritos, no cesa de repetirnos a qué señor sirve. Esta claridad resulta envidiable, especialmente cuando va unida a una actitud filosófica moderna. En efecto, Berkeley considera que el peligro para la salvación de los hombres es el ateísmo creciente, que dicho ateísmo tiene su mejor aliado en el escepticismo y que éste cuenta con su base filosófica en el materialismo [véase texto n.º 2]. Y así, con esta clara y simple toma de posición, entra al combate filosófico.

Pero si su valoración del problema e incluso su finalidad redentora era compartida por numerosos clérigos-filósofos, de la Reforma y de la Contrarreforma, lo que individualiza y enaltece a Berkeley es que entra en escena aceptando las reglas de la propia filosofía que intenta combatir. Berkeley no recurre a la autoridad de la Iglesia, a la tradición, a la evidencia mística o al escepticismo humilde de la teología negativa. Por el contrario, consciente de que la ciencia y su racionalidad son irreversibles, de que la salvación de los hombres debe hacerse mediante una filosofía que asuma esa racionalidad que posibilita la ciencia al tiempo que destruye las razones que puedan existir para el ateísmo, se lanza a una aventura filosófica que posee un secreto atractivo y una poderosa coherencia.



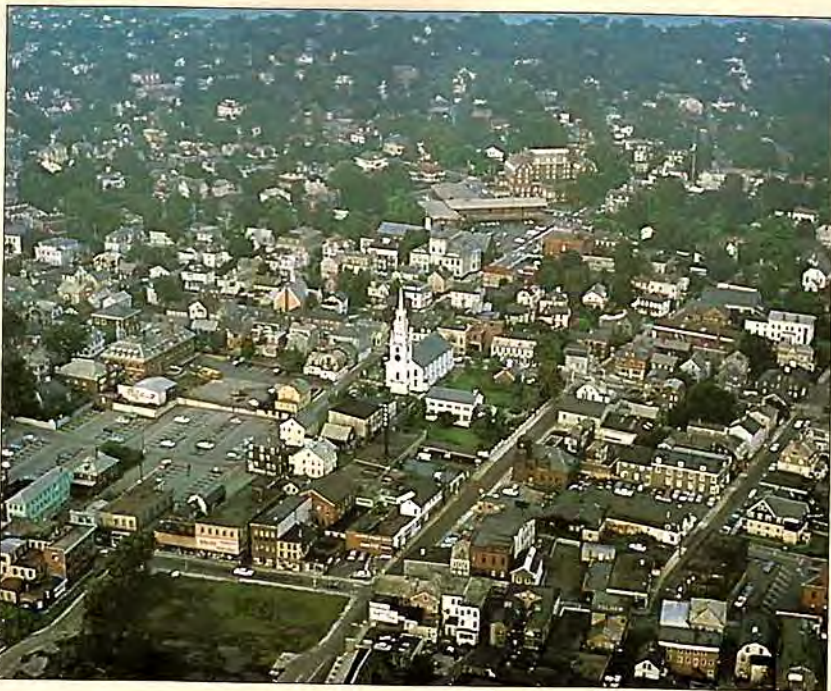
(Fot. Frio-Foto)

Cuando Berkeley estudia en el Trinity College de Dublin (arriba) florecen ya allí junto a materias tradicionales, las nuevas teorías de Newton y Locke. Berkeley hará una aguda crítica del argumento—poco riguroso en su lógica—por el que Newton intenta establecer un teorema básico del cálculo infinitesimal en el lema 2 del libro II de los Principia (este cálculo no encontrará su debida fundamentación lógica hasta doscientos años después, en el siglo XIX). En cuanto a Locke, Berkeley lleva a sus últimas consecuencias el empirismo que aquél inició: la materia, dice Berkeley, no existe; los objetos materiales sólo existen al ser percibidos; su ser consiste precisamente en eso: en ser percibidos. Un tal Dr. Johnson pretende refutarle dando una patada a una piedra hasta que ésta se mueve. Pero Berkeley admite la realidad de las sensaciones; lo que niega es que, a partir de éstas, se deduzca que hay una piedra.

El problema del materialismo y su solución

En esa época, el problema del materialismo se centraba en la determinación que el mundo objetivo, incluido el cuerpo, ejercía sobre el alma. Las ciencias intentaban explicar el alma humana en el proyecto del hombre-máquina, desde un materialismo mecanicista. En los sabios prudentes esto no tenía repercusiones, pues armonizaban ese materialismo profesional con la fe religiosa; pero en manos de los librepensadores era un argumento contundente contra la doctrina de la libertad moral y de la salvación de los hombres. El *Commonplace Book*, publicado póstumo (1871) y que contiene los apuntes y reflexiones de clase del joven Berkeley, muestra con insistencia esta preocupación. En 1713 incluso se vio impulsado a intervenir, desde el periódico *The Guardian*, contra el más renombrado free-thinker inglés, Anthony Collins.

Berkeley, leyendo a Locke, constató que éste dejaba abierto el problema del materialismo, pero también la vía de solución al mismo. Locke consintió la división entre cualidades secundarias (subjetivas) y primarias (objetivas). Pero, como dirá Berkeley, aceptar la objetividad de éstas es una arbitrariedad: sostener que existen fuera del sujeto y, a un tiempo, que no son perceptibles es traicionar el principio de evidencia empírica. Nadie, argumenta Berkeley, es capaz de representarse el espacio o el movimiento sin colores, ta-



(Fot. A.G.E.)

maños, figuras... Las cualidades "primarias" no son perceptibles sino mediante las "secundarias". No hay razón, pues, para aceptar su objetividad. Así la realidad externa era eliminada: el mundo real pasaba a ser entendido como representación del mundo por el sujeto.

«Ser» es «ser percibido»

Ahora bien, una hipótesis solipsista de este tipo debe responder a una experiencia repetida: si el mundo es mi representación del mundo, si sólo es en mí, ¿por qué no es mío? Es decir, ¿por qué no lo construyo y reconstruyo a mi gusto? Porque es evidente que ese inmenso sistema de asociación de ideas se me resiste, se me impone. Y, si se reconoce esto, sólo parece haber tres alternativas: o creer que se nos impone porque es efecto en nosotros de un mundo exterior (y esa regularidad y constancia es lo que llamamos leyes naturales); o creer que pertenece a la esencia de las propias ideas su manera de asociarse (fenomenismo que asumiría Hume); o, en fin, la opción que tomó Berkeley: imaginar que Dios directamente, sin mediación alguna del mundo, pone ese orden. El mundo que vemos es puesto por Dios en nosotros; su orden y regularidad están garantizados por la invariabilidad de la voluntad divina.

El esse est percipi, principio que centra la filosofía de Berkeley, permite a un tiempo suprimir el mundo material y garantizar la estabilidad y

Vista aérea de Newport, en Rhode Island (EE.UU.). Con Berkeley, la filosofía pisó por primera vez tierra en el continente americano. Tras haber creado en Europa el principal de su teoría, Berkeley concibió la idea de establecer un colegio en las Bermudas, y luego se instaló en Newport durante tres años (de 1729 a 1731), intentando, sin conseguirlo, realizar allí el mismo proyecto que había concebido para aquellas islas. Aunque el Berkeley más conocido es el de sus tres grandes obras del periodo juvenil, en Newport inició una segunda fase, a la que pertenecen sus dos obras *Alciphron, or the minute Philosopher* (que Berkeley escribió aprovechando su estancia en Newport y que constituye un diálogo con las corrientes filosóficas de su tiempo) y *Siris* (en la que ya parece haber abandonado la filosofía por el agua de alquitrán, a la que atribuye portentosas propiedades medicinales).

regularidad de nuestra experiencia, con lo cual la ciencia no se ve afectada [véase texto n.º 1]. Si el peligro del solipsismo es reducir el mundo-representación a puro desvarío exento de necesidad, la alternativa de Berkeley no sólo garantiza el orden y regularidad de la experiencia, sino que refuerza la legitimidad de la ciencia: si la validez de ésta reposa en la creencia en la regularidad de la naturaleza externa al sujeto, ¿acaso no es más segura la regularidad de la voluntad divina?

Todo, pues, queda como estaba. El mundo pasa a ser el lenguaje con el que Dios habla a los hombres; las leyes de la naturaleza son la voluntad de Dios... Podemos seguir hablando como el vulgo (que no pone en duda a Dios) siempre que pensemos como sabios. Todo queda igual, pero sin mundo material trascendente.

Dios, la elección menos problemática

Ahora bien, aun reconociendo la coherencia de la metafísica berkeleyana, ¿por qué optar por esta respuesta y no por cualquiera de las otras que hemos apuntado? La de Hume, basada en la naturaleza de las ideas, no pasó por su mente; o, al menos, no la piensa en sus obras. Se trataba de elegir entre Dios o el mundo material como garantía externa de la regularidad de nuestra experiencia. Y Berkeley legitima su opción en principios de naturaleza económica: se eliminan muchos problemas (relación materia-espíritu; cosa en sí imperceptible; semejanza cosas materiales-ideas espirituales...) y se gana seguridad, pues Dios escribe con mayor claridad en nuestra alma que la naturaleza a través de sus afecciones. Y, por descontado, así se destruye la creencia en el mundo material, el materialismo que está en la base del ateísmo. Más aún, la vida así queda puesta como un diálogo entre nosotros y Dios, muy del gusto de la religión reformada y fácilmente coordinable con un agustinismo neoplatónico que Berkeley deja ver en los últimos párrafos de sus Principios y, con mayor claridad, en sus obras posteriores.

José Manuel Bermudo
 Profesor de historia de la filosofía
 en la Universidad de Barcelona

